

## LA HISTORIA, LA FILOSOFIA, LAS LETRAS EN LA SORBONA

La Universidad ha sufrido tradicionalmente los embates de fuera. Al decir la Universidad, pienso en la de todo tiempo y lugar. Cómo no ha de ser esto cierto para la Universidad de París, y en particular para la Sorbona. Tales ataques provienen naturalmente de círculos no universitarios (antiuniversitarios a veces) constituídos por autodidactos de talento, o por hombres que han roto tempranamente con la Universidad o sus métodos.

Haciendo abstracción de los tiempos en que la Universidad era la más pura expresión de la escolástica (Rebelais se burlaba de sus miembros, llamándolos “sorbonícolas”), no cabe duda de que muchos de los ataques que se le hicieron en el pasado y en el presente siglo daban en el clavo.

La Universidad, como es lógico, nunca los ignoró, y muchos de ellos le sirvieron para corregirse y superarse. Pero su mejor defensa, su mejor réplica, han sido siempre algunos de sus productos, esas minorías de hombres cuyo pensamiento, cuya obra, cuya acción evidencia una anterior, prolongada, paciente formación áulica.

La disputa no ha cesado ni ha disminuido. Los franco-tiradores contra la Universidad (que constituyen a veces bastiones tan importantes en su especialidad como las propias facultades) —y por fuerza he de referirme especialmente al campo de las humanidades— utilizan para sus requisitorios las fallas más evidentes del “academismo” (repetición, verbalismo, erudición, falta de desarrollo de la propia capacidad, de espí-

ritu crítico, de investigación, etc.). Los universitarios insistirán en que “lo que natura no da Salamanca no presta”, pero que lo dado por natura necesita de Salamanca, y que aún el talento y el genio tienen necesidad de formación, ya que el método y disciplina, lejos de ser una traba para el intelectual, encauzan sus esfuerzos y le permiten un mejor rendimiento. Los primeros afirmarán que la academia mata el talento, los segundos que el talento sin disciplina se malogra. Los primeros encontrarán un campo más apropiado para sus afirmaciones en las letras y en la filosofía, los segundos en las ciencias, (sin llegar a los extremos en que la discusión, por supuesto, no podría sostenerse: nadie pretenderá que la Universidad forme buenos poetas, ni que los investigadores de la física nuclear o de la bacteriología modernas se formen en su casa).

Pero hay todo un campo de estudio, el de las ciencias humanas (derecho, letras, filosofía) que deja amplio margen para la discusión. El adjetivo “amplio” no es superfluo y, como veremos, tal campo puede ir desde una simple discusión sobre conveniencias didácticas (preferencia de métodos más o menos rigurosos en la investigación o, por el contrario, libertad de acción para el estudiante) hasta la sutilísima polémica de alcance estético en torno a la actividad crítica de la literatura.

Los embates contra la Universidad han alcanzado a veces tal estado público, que no era raro encontrar la réplica en órganos libres o académicos, en artículos titulados, por ejemplo, “Sobre el esnobismo anti-universitario” (Ver “L’Education Nationale”, 1957, Nº 11).

En esta guerra que podríamos llamar “tibia”, pues los otros dos calificativos corrientes no le convienen, quienes atacan la Universidad, siempre al acecho, no han desaprovechado para su asalto ninguno de los momentos propicios. Así, por ejemplo, esta “rentrée” o comienzo de año universitario ha sido particularmente agitada. Los problemas que afectan directamente a la enseñanza superior se han agravado últimamente, como consecuencia del sensible aumento del número de

estudiantes: los anfiteatros no son suficientes, y los alumnos deben sentarse en muchos casos en el suelo, a lo largo de los pasillos y en torno a la cátedra del profesor; no hay bastantes laboratorios, ni profesores, ni comedores universitarios, ni residencias estudiantiles, ni becas. La U. N. E. F. (Unión Nacional de Estudiantes de Francia) dividida hasta hace poco en dos sectores que disentían sobre el alcance político de algunas de sus resoluciones, ha vuelto a unificarse ante la gravedad de estos problemas.

Hubo por lo menos dos días de huelga, con actos en el gran patio central de la Sorbona, y con gran despliegue de carteles que rezaban: “Nous voulons une faculté” (los de ciencias), “Nous voulons des maîtres”, o bien, con su grano de sal: “Des litres de maîtres”, “Les cours dans les théâtres”.

En medio de la tormenta, las estadísticas surgen súbitamente como fuegos de artificio que iluminan instantáneamente una gravedad aquí, un motivo de alarma allá. Algunos de sus fogonazos muestran, por ejemplo, que el total de las facultades francesas reunía en 1900 unos 30.000 alumnos, cifra que asciende en 1930 a 74.000, para llegar hoy a unos 160.000 (de los cuales 45.000 estudian ciencias). Para 1962, las previsiones establecidas científicamente por la “Commission de l'équipement scolaire” calculaban un total de 246.000 estudiantes (de los cuales, 76.000 en ciencias). Y para 1965 un total de 316.000 (103.000 en ciencias). La Universidad de París tenía unos 8.000 estudiantes de medicina en 1900, unos 9.000 en 1920, unos 12.000 hoy; mientras que en ciencias el número pasa de catorce a dieciseis y a dieciocho mil en los tres últimos años; y en Letras de unos mil en 1891 a quince mil en 1950, cifra que asciende hoy a más de veinte mil. De donde deben deducirse fenómenos como el siguiente: de un total de cuarenta mil estudiantes de letras en toda Francia, la Universidad de París sola tiene unos veinte mil, pues el resto de las universidades tiene en cada caso un número que oscila entre mil y dos mil (sólo la de Aix-en-Provence llega a 2.777). En una reciente encuesta, un cronista del “Figaro Littéraire” consigna es-

tos datos: hace unos diez años, los trabajos prácticos de física general eran desarrollados en los laboratorios de la Sorbona por unos 300 alumnos, en 1957 por unos 900, hoy por 2.400. Dichos laboratorios son sensiblemente los mismos de hace diez años.

Las circunstancias anotadas han servido, desde luego, para que recrudecieran los embates contra la Universidad, yendo más allá de sus problemas materiales, de organización y sistema, para alcanzar la proporción de un verdadero proceso al sistema de educación nacional, especialmente superior.

Tales problemas ocuparon las primeras planas de los grandes periódicos, entablándose duras polémicas que no han cesado aún, y en las que algunos grandes nombres de la Sorbona han sido aludidos sin miramiento. Uno de aquellos periódicos, el hebdomadario "Arts", ha dedicado por lo menos seis páginas de su número especial a la cuestión.

Pero veamos de cerca la controversia, en algunos de los campos donde se presenta con caracteres más netos.

En el terreno de la Historia, resulta evidente la oposición entre dos esferas, universitaria una, extra-universitaria la otra. Esta última está representada por "Les Annales", que el hebdomadario mencionado define: "Une revue, un drapeau, une chapelle" (una revista, una bandera, una capilla o cenáculo). Amén de la falta de locales, salas de trabajos prácticos, profesores, asistentes, a los estudios históricos en la Sorbona se los acusa de una falla fundamental: el no preparar para lo esencial, que es en Historia la "investigación". No despertar su gusto. Algo así como si se formaran grandes contingentes de licenciados, pero ningún historiador. La Sorbona, es verdad, ha tratado de remediar la situación, creando un ciclo suplementario destinado a la investigación. Pero este ciclo sufre, al parecer, de la fatal competencia de la "agrégation" (estudios superiores de la sección Historia, posteriores a la licencia).

El gran baluarte enemigo, como dijimos, está representa-

do por el grupo reunido en torno a la revista "Los Anales". "Fundada por Lucien Febvre y Marc Bloch, —dice el cronista de "Arts"— esta revista ha sido el origen y el instrumento de una importante renovación de los métodos y las concepciones de la historia: una revista excelente. Hoy está dirigida por el heredero espiritual de Lucien Febvre, Fernand Braudel, su sucesor en el Colegio de Francia. Alrededor de esta revista se ha formado un grupo de historiadores, algunos de gran valor, otros de una brillante mediocridad. A menudo se reprocha a este grupo haberse convertido en una capilla. Y ha despertado, en suma, (¿por su talento? ¿su intolerancia?) sólidos rencores en el ámbito universitario".

Pero es en el dominio de la Filosofía donde la controversia parece haber adquirido su mayor virulencia. Sobre dos aspectos, en resumen, parece cernirse aquí la crítica: 1º Los estudios para el certificado de historia de la filosofía son inadecuados, pues no encaran la historia, el devenir de la filosofía, sino que sólo se estudian algunos filósofos. Y aun éstos son demasiado numerosos (quince) cuando sólo con cuatro o cinco bastaría, para un estudio más profundo. 2º Falta de unidad en la enseñanza impartida por los distintos profesores, lo que se torna grave cuando éstos son filósofos mediocres. La filosofía que se enseña en la Facultad está en retraso, se obstina en comentarios tradicionales sobre obras de segundo plano. Pero el cronista matiza su crítica con algunos párrafos de Jean François Revel ("Pourquoi des philosophes") que transcribimos: "No hay más que leer las *dedicatorias* de las obras de filosofía publicadas en Francia desde hace un siglo, impregnadas de alabanzas, obsequiosas para con uno o varios maestros reinantes, para comprender en que medida las consideraciones de carrera, el sistema de cooptación, la dependencia absoluta respecto de mandarines todopoderosos, reducen en Francia la filosofía a una cierta mediocridad en los temas y en la manera de tratarlos. (...) Es deplorable ver a millares de estudiantes, en lugar de cultivarse realmente, consumir su juventud en el estudio minucioso de obras mediocres e insignificantes, bajo el

pretexto de que tendrán que comparecer delante de los autores o de los amigos de los autores”.

Como se ve, el tono de la crítica no es suave. Pero no se hizo esperar la réplica de Ferdinand Alquier, que se ocupa habitualmente de Filosofía en el mismo semanario. Alquier responde, en resumen, que nadie pretenderá se estudie la historia, el devenir de la filosofía, fuera de las obras en que se encarna. A menos que se reemplace el estudio de tales obras por un manual, o por los apuntes de un profesor que reconstruiría arbitrariamente tal historia. Con lo cual bastaría que el alumno aprendiese, o repitiese, los apuntes o el manual. Y agrega, refiriéndose al número de filósofos estudiados: “No creo que el estudio de “cuatro” filósofos pueda permitir retrazar el “devenir” de la filosofía. Llevado por su deseo de condenar a todo precio, el autor del texto viene a formular dos proposiciones rigurosamente contradictorias: no se estudia bastante filosofía, se estudia demasiado”. Y con respecto al cargo de que sólo se estudia a autores de segundo orden, pasa revista a las obras inscriptas este año en el programa: la *República* de Platón, la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, la *Suma contra los Gentiles* de Santo Tomás, las *Meditaciones* de Descartes, la *Ética* de Espinoza, la *Crítica del Juicio* de Kant, etc.: “Si éstas son obras secundarias —escribe Alquier— preguntamos a nuestro crítico qué considera, en filosofía, obras de primer plano”.

He dejado para el final el terreno de las letras propiamente dichas, el de los estudios literarios, porque es éste el que parece haber alcanzado mayor estado público, al ser su objeto las obras que llegan normalmente a un sector más vasto, y porque de ellas se ocupan extensamente diarios y revistas en comentarios, críticas o estudios. Aquí, la controversia es ya antigua, y hay nombres, como Lanson o Péguy, cargados de significación, o expresiones, como “crítica universitaria”, de inequívoco sentido.

La contraposición parecería haberse polarizado en torno a dos expresiones o actitudes extremas: (exageramos, desde

luego, en la simplificación) *crítica literaria, historia literaria*. Estas son las dos posiciones que corresponderían, grosso modo, a la anterior disyuntiva en contra o en favor de la Universidad. Y en la diatriba volverán una y otra vez acusaciones más o menos injustas o exageradas como éstas: la crítica libre (término bastante inapropiado) dirá que la crítica universitaria no se ocupa más que del estudio de los textos, de su gramática, de las biografías de los autores; que es fría, desapasionada, aburrida. La segunda acusará a la primera de falta de seriedad, de hacer literatura sobre la literatura, de sentar juicios arriesgados, de preocuparse demasiado por predicciones sobre el futuro de un libro o de un autor. Juicios que —bien mirados— encierran una buena dosis de verdad. Pero mayor dosis aún de falsedad. Hay críticos y críticos, profesores y profesores. . . .

Prueba de que la discusión ha ganado el gran público, (restrinjamos: el gran público que se interesa en la literatura) es el hecho de que “Arts”, considerando innecesario todo abundamiento, consagra muy poco espacio a la crítica de la enseñanza literaria en la Sorbona (aunque no por ello menos acerada) y, estimando de conocimiento general los alcances del problema, da espacio en el mismo número a la palabra de Pierre Moreau, profesor de la Facultad de Letras y director de los Estudios de Francés.

Moreau señala que tal separación entre la crítica libre y la cátedra universitaria es fenómeno de nuestro tiempo, y cita como ejemplos anteriores de tal unión el caso de Saint Marc Girardin, Faguet, Thibaudet, du Bos, Alain, Brunetière, Sainte Beuve, Valéry, Lemaître.

El problema que va desde la pura determinación de los valores (Estética) hasta la simple sucesión y catalogación de las obras (Historia literaria) deja el sitio intermedio para la crítica literaria propiamente dicha. “Tocando a la vez la esfera ideal de la abstracción y el plano temporal de la realidad concreta, la crítica corre el peligro, si no mira más que a la primera, de dejarse absorber por la estética; si atiende exclu-

sivamente al segundo, de confundirse con la historia del arte y la historia literaria. De la estética a la historia, la crítica asegura un pasaje, es entre ambas una incesante mensajera, ya esforzándose por aplicar a las obras insertas en la historia los principios situados fuera del tiempo, o ya, recíprocamente, proponiendo a la estética los principios extraídos de las obras que la historia le ha hecho conocer. Perpetuo movimiento y doble contacto”.

Pierre Moreau ve, bajo las agitadas aguas de la diatriba, una causa más profunda: la desorientación de la ciencia de la literatura sobre su propio objeto. Y señala algunas de sus últimas manifestaciones: fenomenología de la imaginación, encuesta sobre “el tiempo humano”, esfuerzo para resolver el problema de la personalidad, “colmar el abismo que desgarró el ser”. “La Universidad —dice Moreau— parece por su parte resuelta a perseverar en su designio más modesto: colmar el abismo que nos separa de los textos”.

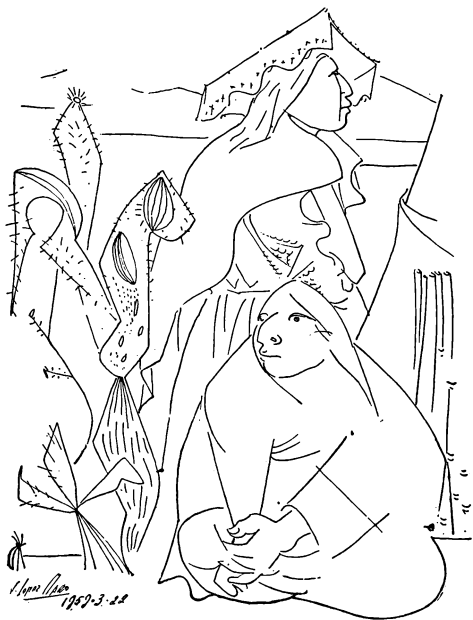
¿Valdrá la pena recordar el gran sentido crítico francés, su capacidad para el auto-examen, su disconformismo? Revisando diarios y revistas encontramos frases de este cuño: “La Facultad de medicina forma médicos del siglo XIX”, “La Sorbona: una máquina perfeccionada día a día para hacer fracasados”, “En ciencia falta de grandes sabios”.

Quienes vemos el problema desde *fuera*, como extranjeros, sobreímos un poco (amargamente) al oír a los franceses hablar de crisis. Y no es sino con cierta inquietud, con un oscuro cargo de conciencia, que dejamos nuestras satisfacciones y tranquilidad caseras, para contemplar la “crisis” científica, literaria, artística de Francia, en 1959...

OSCAR ERNESTO TACCA

Pavillon Argentin de la Cité Universitaire  
27 Bv. Jourdan. Paris 14 e. Francia





MUJERES DE TINTA — Perú  
Pluma de CÉSAR LÓPEZ CLARO

